



Franz Joseph Strauss: escena de caza en Baviera.

LA RFA Y EL "HOMBRE FUERTE"

EDUARDO HARO TECGLEN

El mito del "hombre fuerte" se está abriendo paso otra vez en Alemania Federal. No se desembaraza tan fácilmente la conciencia de un país de varios siglos de cancilleres de hierro de distintas estaturas y pesos, de leyendas de héroes wagnerianos, de énfasis sobre la figura de un hombre capaz de meter en su puño toda la fuerza de la raza. No es un fenómeno privativo de Alemania: alcanza a muchos países, y se refuerza en época de crisis, como la actual. El mito del hombre fuerte busca donde anidarse. Strauss, que como figura individual tiene un peso importante, más que el que representa su partido —la Unión Cristiano-Social de Baviera, que se está extendiendo por todo el país—, lleva años preconizando la necesidad del regreso al hombre fuerte: naturalmente, se propone él para desempeñar el cargo. Tiene los valores necesarios para ello. Trata ahora de presentarse como candidato a las elecciones de 1980, arrastrando tras de sí a la democracia cristiana que preside Helmut Kohl. Para contrarrestarlo, Schmidt —socialde-

mócrata— está haciendo sus oposiciones a hombre fuerte. La forma expeditiva y audaz en que llevó a cabo el "golpe de Mogadiscio" —la liberación de rehenes por un comando militar— probablemente contradice sus fondos negociadores y sus intenciones de llevar la política por otras vías. Pero se le presentó una gran ocasión de responder al mito, y la llevó adelante. Tuvo suerte. Salíó bien, ganó la apuesta y dio la talla. La forma en que está llevando el Gobierno de la República Federal, sin concesiones y sin tregua para los "disidentes", le está haciendo ganar puntos en ese terreno. Al mismo tiempo, se está destruyendo la imagen internacional de Alemania Federal. Y está resurgiendo el viejo miedo a Alemania.

Cierto que Schmidt nunca podrá ganar en ese terreno a Franz Joseph Strauss. El extremismo en la derecha no se inventa ni se finge: es visceral. Sus elogios a Pinochet y a la dictadura chilena, en el mismo Santiago, mientras su segundo en el partido, Dregger, viajaba a Africa del Sur para abrazar a los de-

fensores del racismo blanco y ayudar a fortalecer el régimen de Pretoria, son hechos de mucho alcance. Strauss ha asistido en Chile a un homenaje a los colonizadores alemanes de hace siglo y medio. No es una pura ceremonia de aniversario: se está tratando de llevar a Chile una nueva emigración alemana —esta vez, de técnicos y especialistas—, que estaría apoyada por el gran capital alemán. Del cual Strauss quiere hacerse portavoz. Strauss ha hablado públicamente en el sentido de que las fuerzas armadas chilenas están haciendo una gran labor para crear en su país "una nueva democracia" —eso sí, nadie es capaz de prescindir de la palabra mágica, "democracia"—, tras haber derribado justamente a Allende, que implantaba el marxismo en el país en contra de las conveniencias de los trabajadores: porque el marxismo "no es una doctrina para los trabajadores, sino un invento de los intelectuales"; afortunadamente, dice, Pinochet ha restablecido la ley y el orden; pero el régimen choca con la "incomprensión del mundo". La tesis

es prácticamente la misma que ha expuesto el propio Pinochet ante los miembros de la Junta Iberoamericana de Defensa: Allende quiso destruir la verdadera democracia, el golpe de Estado la restableció y está en vías de aposentarla firmemente en el país.

Franz Joseph Strauss es un hombre de sesenta y dos años, vigoroso y jovial, al estilo bávaro —los hombres del Sur de aquel Norte—, aficionado al chiste de tono subido, a la elocuencia campechana, a la cerveza, al traje regional y simultáneamente a la dureza política. No tiene ninguna ductilidad, y esa rigidez le ha valido algún disgusto, como el caso que le opuso el semanario "Der Spiegel". Strauss, profesor de letras hasta la guerra, fue colocado por los americanos como diputado en el Parlamento de Baviera; si la democracia cristiana era el partido fuerte de la época —con otro hombre fuerte, probablemente el último de Alemania Federal hasta nuestros días, Adenauer—, Strauss quiso ir aún más allá y creó su propio partido, el CSU (Christlich-soziale union = Unión Cristiano-social), que estaba más a la derecha. Su partido pronto fue importante, recogió muchos votos para la democracia cristiana, y Strauss fue premiado para un ministerio que podía hacerle feliz y para el que estaba indudablemente preparado: el Ministerio militar, el de Defensa, tras haber pasado los otros cargos. Trató y consiguió poner en marcha un ejército que sobrepasara las limitaciones obligatorias desde el punto de vista internacional. Fueron seis años que los militares alemanes consideran como fecundos: los medios del Ejército son favorables a Strauss. Pero cuando "Der Spiegel" publicó un informe sobre cuestiones militares que no convino a Strauss, ordenó un registro en el semanario y la detención de algunos de sus redactores, con acusaciones que luego no pudo probar. Le costó ostracismo de cuatro años, durante los cuales reorganizó su partido y escribió un "Plan para Europa" muy discutido. Las elecciones de noviembre de 1966 probaron que la reconstrucción del partido había sido eficaz, que ganaba votos a montones y que su figura se había engrandecido. Se produjo el gobierno llamado "de la gran coalición" y tuvo en él el Ministerio de Economía y Finanzas, compartido con el socialdemócrata Schiller. Volvió a perder el poder cuando las nuevas elecciones inclinaron el país hacia la moderada izquierda socialdemocrata.

crata de Willy Brandt. Desde entonces se entregó en cuerpo y alma a una oposición de extrema derecha: su arma principal era la de acusar de comunista a todo socialdemócrata que emergiese, y a luchar contra la "apertura al Este".

Es indudable que el ascenso actual de Strauss se debe a la nueva configuración psicológica de Alemania Federal. Se vienen señalando desde hace tiempo las características de esa evolución a la derecha de la política del país. Desde un todavía tímido, pero visible, culto a Hitler —visible sobre todo en cine, teatro, libros y publicaciones—, y una cierta reivindicación del fenómeno nazi. Es posible que parte de esa reacción sea solamente una respuesta al complejo de culpabilidad arrojado sobre el pueblo alemán desde su derrota. La idea original de que Hitler era un "loco" que supo hacerse con el poder, y los nazis una banda de gángster que dominaron el país, ha ido dejando paso a un análisis de los hechos sin duda más real, pero más culpabilizador: que fue la mayoría del pueblo alemán, a partir de unas elecciones libres, la que eligió el camino del nazismo como respuesta a una situación de inferioridad dentro de Europa; pasar de ese sentimiento de culpabilidad a una sublimación del fenómeno, comenzando a aceptar que no fue tan malo, que la historia la han escrito los vencedores y que por lo tanto está llena de calumnias, que también los vencedores fueron atroces en la guerra, que la guerra no tiene más que un camino, etcétera, no requiere más que un paso. Algo ha ayudado a ese paso: en primer lugar, el "milagro alemán" —conjunto de fenómenos socioeconómicos y de política mundial—, que ha devuelto a los alemanes una confianza absoluta en sí mismos y en su capacidad. Esto es un fenómeno de nacionalismo. El renacimiento de una crisis económica en Europa, que les hace pensar que de nuevo son envidiados y, al mismo tiempo, considerarse aptos para una hegemonía que quisieran ejercer (de alguna forma la ejercen: la reciente extradición del abogado Croissant concedida por París es una consecuencia del apoyo del marco alemán a un franco cada vez más débil). La explotación del fenómeno terrorista, como amenaza a la situación adquirida...

Y el riesgo de crisis económica interior. El "milagro" no es tan firme como para que resista a la crisis general del mundo de Occidente. El Consejo Superior Económico, reunido la semana pasada, diagnosticó que hay un problema grave de paro y un

problema naciente de inflación: el millón de obreros parados se lleva una parte importante del presupuesto —en forma de subsidio— sin contraprestar ninguna producción. Lo que propone el Consejo Económico es que los salarios no crezcan en más del dos por ciento —muy por debajo de la tasa de inflación— para dar seguridades al capital de que sus inversiones van a ser rentables: estimulados así, crearían nuevas industrias y absorberían el paro obrero. La respuesta sindical es la de que es el capital el que debe resolver la situación, manteniendo los crecimientos de salarios al ritmo de la inflación, pero disminuyendo las horas de trabajo y las jornadas trabajadas en el año —sin menoscabo de los salarios— para emplear a más obreros: según los sindicatos, los empresarios pueden hacerlo, porque el problema es que no es necesario tanto trabajo para mantener la productividad en ritmo creciente, y la nueva filosofía es la de que el obrero puede ganar más trabajando menos, sin que esto suponga un drama para la nación. La liberación de mano de obra humana que supone el maquinismo no debía ser explotada solamente por el capital, sino por todos.

Lo que plantea esta disputa es la posibilidad de futuros desórdenes sociales. Y lo que cada parte ve como solución es el "hombre fuerte". Cada uno a su manera. Para el gran capital, un hombre fuerte —aunque fuese Pinochet, y la admiración expresiva de Strauss es la de un gran número de alemanes poderosos— que contenga la desastrosa ola reivindicativa que pueda anegar el país; para los sindicatos, un hombre fuerte sería aquel que tomase en sus manos la empresa privada que el capital no sabe hacer con un sentido social, o la que crease empresas estatales que sirviesen de modelo, de ejemplo y de estímulo al capital privado.

¿Puede Strauss conciliar las dos imágenes? No parece muy claro. Pero es un valor en ascenso en esta situación. La idea de que Schmidt pueda ser al mismo tiempo el "hombre fuerte" de Mogadiscio, el que hace padecer prisión a los terroristas reales y supuestos y favorecer una legislación especial de tipo represivo, y el canciller abierto y demócrata, tiene por el momento más posibilidades.

Pero no se sabe lo que sucederá de aquí a 1980. El sentido del Congreso socialdemócrata de Hamburgo —hace dos semanas— es el de que Schmidt es un canciller demócrata, defendido de las acusaciones "extremistas" de "cazador de brujas", pero lo suficientemente enérgico como para dominar las veleidades de los marginados del país. ■

Marcos, la represión y Estados Unidos

TRES PENAS DE MUERTE EN MANILA

Si alguien no lo remedia, y ese alguien podría ser el Presidente Carter, el principal oponente al Presidente Marcos va a ser fusilado, junto con dos miembros del Ejército Popular de Liberación. Las sentencias fueron pronunciadas el viernes pasado, día 25, por un Tribunal militar. Benigno Aquino, Jr., llevaba cinco años prisionero en Fuerte Bonifacio, después de haber sido candidato presidencial y detenido en la gran purga del 23 de septiembre de 1972, en la que al menos 8.000 personas fueron encarceladas como represalia por un supuesto golpe comunista. El Presidente Marcos promulgó entonces la ley marcial, bajo la cual sigue todavía el país, aunque han sido hechos algunos "arreglos legales" para dar un aspecto de Estado de Derecho al país: el 17 de enero de 1973, el Presidente Marcos decidió acumular "provisionalmente" las funciones de primer ministro con las de Presidente de la República mediante una nueva Constitución: sus poderes se extendían indefinidamente y la Asamblea Interina debía legislar mediante esta nueva Constitución; pero dos Decretos publicados el mismo día extendían la ley marcial y suspendían la Asamblea. Al día siguiente, Marcos anunciaba al país que sería preciso que todos "cerrasen las filas" y se prestasen al necesario control de la autoridad, porque "los tiempos son demasiado graves y los obstáculos demasiado elevados para permitimos las habituales concesiones a los procedimientos de la democracia tradicional". El 27 de julio del mismo año, Marcos decidió tener una legalización más mediante un plebiscito: el 31 se anunció oficialmente que el 90 por 100 del censo había votado a favor del Presidente Marcos.

Marcos había sido elegido legalmente Presidente de Filipinas el 9 de noviembre de 1965, después de una campaña que había costado 51 muertos y en la que los candidatos habían invertido 8.000.000 de dólares. Fernando Marcos pertenecía al Partido Liberal, como el Presidente saliente y su oponente principal, Diosdado Macapagal. Pero Marcos había fundado previamente el Partido Nacionalista. Se decía entonces en Manila que los dos partidos eran, en realidad, el mis-

mo: "Un partido único con dos facciones", como denunció otro candidato a la Presidencia, el senador Mangaplan. En su biografía figura el hecho de que fue acusado por la muerte del rival de su padre en las elecciones parlamentarias. Marcos era campeón de tiro —es un deportista austero, que renunció por ello a la bebida y al tabaco, con éxitos universitarios en el boxeo, lucha y natación— y fue denunciado por haber efectuado el disparo mortal. Quedó libre bajo fianza, y en el tiempo de su libertad estudió la carrera de Derecho: cuando se celebró el juicio, años después, asumió él mismo su defensa y fue absuelto. Durante la guerra, Marcos fue jefe de las guerrillas contra los japoneses que invadieron el país: con una leyenda de heroísmo —cinco heridas, 27 condecoraciones, dos veces evadido de los japoneses— pudo presentarse a las elecciones generales en 1949 y fue elegido diputado. Lo fue hasta 1959, en que obtuvo el puesto de senador: en 1964 era presidente del Senado y desde ese puesto hizo la campaña presidencial, en dúo con su esposa, que había sido "Miss Filipinas" en 1954 y con la que ha compartido su carrera política: en 1972, la señora de Marcos fue víctima de un atentado contra su vida, pero pudo salvarse. La campaña de Marcos se basaba en la lucha contra la corrupción y el crimen: "Nuestro Gobierno está estrangulado por la mano de hierro de la venalidad, las arcas del Tesoro están vacías, los funcionarios son perezosos y apáticos, las Fuerzas Armadas desmoralizadas...", dijo en su primer discurso presidencial. No hay pruebas, hasta ahora, doce años después, de que haya podido sacar al país de esas circunstancias. Solamente la democracia ha desaparecido, y las relaciones con los Estados Unidos son de una máxima dependencia.

Como se sabe, Filipinas pasó de la Corona española a los Estados Unidos en 1898. Y obtuvieron su independencia en 1946, después de la guerra devastadora y de la ocupación japonesa. Independencia con bases y con ayuda en dólares, y con una injusticia social flagrante: el 90 por 100 de las riquezas del país están en manos de cuatrocientas familias, divididas